

### **The geological record of the oldest historical tsunamis in southwestern Spain**

Ruiz, Francisco, Manuel Abad, Joaquín Rodríguez Vidal; Luis Miguel Cáceres, María Luz González-Regalado, María Isabel Carretero, Manuel Pozo y Francisco Gómez Toscano

*Rivista Italiana di Paleontologia e Stratigrafia*, volume 114, n.1, pp.145-154. Marzo 2008.

(estratigrafía, sedimentología, cronología con  $^{14}\text{C}$ , etc.), se apoyan en la distribución de la fauna de ostrácodos, bivalvos y gasterópodos, y en los estudios arqueológicos e históricos.

Dos aspectos nos interesan de este artículo: la constatación física de tsunamis en Valdelagrana, o sea, la existencia de un ‘archivo’ físico para el estudio de tsunamis históricos; y la relación que se puede establecer entre la fin de la población del Castillo de Doña Blanca y los tsunamis. En efecto, entre el 218 y el 209 AC las costas occidentales ibéricas sufrieron los impactos de cuatro tsunamis, según escriben los autores. Esta información se amplía en el texto “*Geomarker of the 218-209 BC Atlantic tsunami in the Roman Lacus Ligustinus (SW Spain): A palaeological approach*”, de los mismos autores en el *Journal Quaternary International*, que aún no ha visto la luz, y consiguientemente no voy a comentar.

Para conocer los efectos, hacen una proyección con lo conocido del maremoto de Lisboa de 1755. Y las consecuencias se relacionan con los abandonos tanto del Castillo de Doña Blanca como con el santuario de La Algaida, en Sanlúcar. Por lo que respecta a Doña Blanca, la fecha de su abandono se concretaba entre el 220 y el 210 a.C. gracias a un tesoriillo de monedas hallado en la muralla. Pero también se habían argumentado hipótesis más favorables a la inutilización de la navegación portuaria por colmatación del río Guadalete, y a los momentos finales de la II Guerra Púnica (para esto ver mi artículo “La Segunda Guerra Púnica en la bahía de Cádiz. Precisiones desde el Castillo de

Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)”, páginas 11-21, del número 14, 1995, de esta Revista).

Como se puede observar, hay una clara coincidencia entre la fecha del  $^{14}\text{C}$  para el tsunami y la de las monedas. La cuestión ahora está en averiguar si el tsunami por sí sólo fue suficiente, o si contó con otro factor o factores coadyuvantes. Sólo la investigación interdisciplinar tiene la palabra.

**José-Antonio Ruiz Gil**  
Universidad de Cádiz

**Cuaternario y Arqueología.  
Homenaje a Francisco Giles  
Pacheco.**

Mata Almonte, Esperanza (Coord.)

Asociación Profesional del Patrimonio Histórico Arqueológico de Cádiz (ASPHA) y Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Cádiz. Chiclana, 2010.

ISBN: 978-84-614-2206-7

*Cuaternario y Arqueología* trata sobre los diversos campos de trabajo del arqueólogo Francisco Giles Pacheco, figura bien conocida por los lectores de esta revista, ya que forma parte del consejo de redacción de la misma. Se trata de un trabajo heterogéneo que consigue una visión de conjunto gracias a la propia figura del arqueólogo homenajeado. La obra está bien concebida, bien estructurada y presenta una magnífica edición. Por si fuera poco, los trabajos que la conforman muestran un gran interés científico.

El objeto del volumen es la presentación a la comunidad científica de un elenco de artículos realizados como homenaje a Francisco Giles con motivo de su jubilación. Situación que algunos de ellos muestran muy especialmente en su introducción. Básicamente me refiero al prólogo, firmado por el Premio Príncipe de Asturias Emiliano Aguirre, donde se nos presenta al querido Francisco Giles Pacheco como *arqueólogo con visión y empuje*. Un vitalismo exultante que no sólo nos acompaña a lo largo de toda la lectura sino que nos conduce al epílogo (aunque creo que aún está por escribir), de Marco Antonio Bernal Gómez, titulado *Un amigo, un maestro, un científico*, y al texto de Inmaculada Madrid: *Paco Giles, otra arqueología es posible*.

De mayor interés para los lectores de esta revista resultan las contribuciones relacionadas con El Puerto. Algunas se refieren a los periodos más remotos. Mención concreta haré del trabajo de Salvador y de Manuel Montañés, titulado

*El solar del teatro 'Doctor Thebussem' de Medina Sidonia (Cádiz)*, pues aunque no se centre en El Puerto de Santa María, sí se refiere a una pieza que formó parte de la histórica colección de Guillermo Tirry, marqués de la Cañada. Se trata de un sarcófago de mármol blanco con vetas grises, de manufactura romana, usado como lavatorio, que se hallaba en la sacristía del convento de los Franciscanos Descalzos de Medina Sidonia. Para llevarlo a El Puerto, en 1763 se le cortó el frontal, ya que estaba empotrado en pared, y aquí permaneció hasta aproximadamente 1870. Además de esta pieza, en la lámina VII, podemos observar la imagen de botones y una cruz, asociados a los enterramientos excavados, que según se colige del texto podrían ser de inhumaciones efectuadas entre 1810 y 1812, unos objetos similares a los excavados en la ermita de Santa Clara, en El Puerto de Santa María, publicados en esta misma revista por Ester López Rosendo (nº 45, 2010, pp. 9-75). Dada la estandarización de estos objetos no estaría mal preguntarnos sobre la autoría de su fabricación y venta. Más propia de la Iglesia.

Volviendo a El Puerto, encontramos un trabajo muy interesante: *Resultados Arqueológicos e históricos de la Casa Palacio de la c/Durango nº7, El Puerto de Santa María, Cádiz*; de B. González [*in memoriam*] y J.-J. Ramírez. Esta zona se encontraba sin urbanizar durante los siglos XV y XVI. La casa-palacio se construyó por Fernando Francisco de Reinoso y Mendoza a mediados del siglo XVIII sobre algunas viviendas que existían al menos desde 1705. Posiblemente se relacionen con un pozo-noria de muy buena factura y grandes dimensiones que indicarían un uso agrícola y de regadío para el lugar. Ya correspondiente con la casa-palacio se construyó una fuente de base octogonal decorada con puntas de diamante, mientras que el surtidor interior mostraba la taza con cuatro cabezas negroides y unos gallones, todo sobre un fuste octogonal, cuatro de las caras decoradas con líneas serpenteantes entrelazadas, según describen los autores.

Hacia el interior de la manzana se registró en el subsuelo una cimentación muy relevante por su maciza factura, que es indicio de la existencia de un proyecto edilicio inacabado de la segunda mitad del XVIII, o ya del siglo XIX, en todo caso relacionado con los tiempos del decaimiento de la localidad. Hay que indicar, pues, que la finca da fachada, concretamente mediante una capilla callejera, a calle Conejitos.

En la casa-palacio destacan los autores la existencia de una capilla de una nave, con cúpula sobre pechinas y dotada de un pequeño altar. La decoración mural y escultórica data del siglo XVIII. Así mismo, destaca una torre-mirador

de tipo sillón, decorado con jarrones azul sobre blanco de Triana, y con una veleta dedicada a San Miguel venciendo al Mal. Esta casa-palacio se ubica en el espacio de mayor proyección socioeconómica del siglo XVIII, abanderado por el marqués de Villarreal y Purullena, y simbolizado en el cambio de localización de la sede del cabildo a la plaza de la Iglesia, y de uno de sus más sufridos empleados, como fue Juan-Luis Roche, ciudadano que ejemplifica mejor que ninguno los avatares que aquellos años supusieron para la ciudad y sus vecinos. Así lo colegimos del trabajo casi vital de Manuel Pacheco (*Erudicción y administración pública en El Puerto de Santa María durante el siglo XVIII. El ilustrado Juan-Luis Roche*, Ayuntamiento, 2002).

Para finalizar los temas porteños, he de citar *Canecos y Ginebra: tráfico comercial en la provincia de Cádiz*; de quien suscribe estas líneas y Lourdes Márquez. Hay que decir que aunque el texto no se centra en El Puerto, sí hace referencia a una serie de objetos cerámicos hallados en la ciudad. Se trata de unas botellas de cerámica, fabricadas en Alemania durante el siglo XIX, conocidas popularmente como “canecos”, halladas fortuitamente formando un depósito en la desaparecida destilería “de los Giles”, personajes dados a conocer por Enrique Pérez en la bibliografía local y actual (Pérez Fernández, E. *Tabernas y bares con solera. Una historia de la hostelería en El Puerto de Santa María*, Hospor, 1999).

Hay en este libro otros estudios sobre El Puerto de Santa María que se recesionan de manera independiente.

**José-Antonio Ruiz Gil**  
Universidad de Cádiz

### **Evidencias del paso del río Guadalquivir por el interior de la bahía de Cádiz durante el pleistoceno medio**

Francisco Javier Gracia Prieto, Carlos Alonso Villalobos, Francisco Giles Pacheco, Javier Benavente González y Laura del Río Rodríguez

*Cuaternario y Arqueología. Homenaje a Francisco Giles Pacheco.* Ed. Asociación Profesional del Patrimonio Histórico-Arqueológico de Cádiz (ASPHA) y Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Cádiz, 2010, pp. 9-17. ISBN: 978-84-614-2206-7.

nocidas e interpretadas actualmente, a partir de métodos y técnicas integradas en problemáticas comunes entre las ciencias de la tierra y la arqueología.

La investigación sobre la evolución cuaternaria de la Bahía, los cambios costeros holocénicos y la interrelación con la ocupación humana han sido temas principales en los proyectos desarrollados por los autores en los últimos quince años. Javier Gracia, Javier Benavente y Laura del Río son miembros del Departamento de Ciencias de la Tierra de la Facultad de Ciencias del Mar y Ambientales de la Universidad de Cádiz, Carlos Alonso trabaja en el Centro de Arqueología Subacuática del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico y Francisco Giles es arqueólogo. Por tantos años compartidos como grupo de trabajo, no es extraño que sus compañeros quisieran dedicar a Paco Giles, con motivo de su jubilación como director del Museo Municipal de El Puerto de Santa María, este artículo en su Homenaje, con el último trabajo que habían realizados juntos ... por ahora.

La exposición del tema se articula en cinco apartados: en los antecedentes y marco regional, la pregunta de partida surge para explicar la abundante presencia de cantos de cuarcita en los depósitos cuaternarios de la Bahía de Cádiz. Esta

El río Guadalquivir y la Bahía de Cádiz, dos espacios claves en la configuración geográfica e histórica de nuestro territorio, han evolucionado constantemente a lo largo del Cuaternario, desapareciendo durante el Pleistoceno la conexión directa a través de la antigua desembocadura fluvial. Dicha conexión Guadalquivir-Bahía centra los primeros resultados de este estudio que se plantea con un enfoque geoarqueológico.

La Geoarqueología está abordando temas tan complejos e interesantes como la reconstrucción medioambiental del paleopaisaje. Cómo se transforma desde hace miles de años un espacio como la Bahía de Cádiz que hoy conocemos tan diferente. Cómo el río Guadalquivir dejó aquí las huellas de un antiguo curso que pueden ser reconocidas e interpretadas actualmente, a partir de métodos y técnicas integradas en problemáticas comunes entre las ciencias de la tierra y la arqueología.

presencia llama la atención porque la cuarcita no es originaria de aquí, procede del macizo Hespérico y ha sido transportada por el río Guadalquivir, indicando una litología bien diferenciada de los depósitos de calizas y areniscas del otro curso principal de la Bahía, el Guadalete. C. Zazo planteó la conexión de un antiguo brazo del Guadalquivir que por el caño de Casablanca y arroyo de Romanina entraba por los Llanos de Caulina y se unía en Cartuja con el Guadalete, desembocando en la Florida, en el tránsito Plioceno-Cuaternario. La hipótesis ahora planteada es novedosa y relevante porque amplía, en espacio-tiempo, el trazado del Guadalquivir por el centro de la Bahía durante el Pleistoceno Medio, a partir de los niveles cuarcíticos observados.

La propuesta se basa en tres tipos de evidencias reconocidas en el terreno. Las evidencias morfosedimentarias se ejemplifican en la terraza fluvial del Llanos del Vegete, al SE de Puerto Real; el depósito aluvial relicto en facies de canal de Coto de la Isleta, entre Chiclana y San Fernando; la Plataforma de Torregorda, depósito de 4 m de conglomerados con alternancia de areniscas y niveles cuarcíticos, muy interesante por las dataciones radiométricas del nivel intermedio de  $31.515 \pm 773$  años Cal BP y del nivel superior de  $27.980 \pm 382$  y  $11.080 \pm 80$  años BP, coetáneo con la fase de Suelos rojos del Pleistoceno superior; destacando, por último, la aportación de la serie sedimentaria de la Isla de Santi Petri.

Como evidencias geomorfológicas, se describe el escarpe semicircular de 12-15 m y 3 km de longitud, en el borde septentrional de la bahía, entre Puerto Real y Barrio Jarana, que es relacionado con la morfología de un meandro del río. Además, la inclinación de los depósitos de glaciares de La Barrosa y Torre Bermeja hacia el NW y el N, señala la existencia del surco San Fernando-Chiclana, por donde hoy discurre el caño de Santi-Petri, como un antiguo curso fluvial de grandes dimensiones.

Las evidencias geoarqueológicas inciden en el aprovisionamiento de la cuarcita como base natural para la configuración de útiles por los grupos humanos durante el pleistoceno. El enclave más representativo es sin duda el Aculadero, en El Puerto de Santa María, tanto por su contexto sedimentario, de un glacis de cobertera con un nivel arenoso con cantos infrayacentes que presentan una evolución edáfica de un suelo rojo a techo, como por las características del conjunto lítico, donde es predominante el uso de la cuarcita. Muy interesante y novedosa es la precisión cronológica de este conjunto que ha dado a conocer M. Santonja y A. Pérez-González, en este mismo volumen del Homenaje, que lo sitúan entre el 110 ka BP y antes de 63 ka BP, caracterizándolo como un complejo industrial del Paleolítico medio antiguo.

Con todas estas evidencias, las líneas básicas de la investigación futura están ya trazadas, para ir profundizando en la evolución compleja del paleocurso fluvial del Guadalquivir, desde la reconstrucción de su trazado y conexión con el Guadalete, hasta la posterior transformación de su desembocadura que configuró el histórico *Lacus Ligustinus* que tanto interés suscita.

El marco cronológico de este antiguo cauce del Guadalquivir por la Bahía sur de Cádiz se sitúa en torno a los estadios isotópicos 7 y 9, hace 200.000 y 320.000 años, con un nivel del mar más bajo que el actual.

**Esperanza Mata Almonte**  
Arqueóloga

**La huella de Al-Andalus en El Puerto de Santa María, Cádiz.**

Juan-José López Amador; José-Antonio Ruiz Gil, y Francisco Giles Pacheco

El Puerto de Santa María, 2011,  
178 pp.  
ISBN: 978-84-937574-7-2

El debate acerca de la recuperación del patrimonio arqueológico ocupa un lugar destacado en las discusiones de los últimos tiempos. En realidad, el patrimonio tiene tres momentos que siempre deben tenerse en cuenta al tratar sobre él: investigación, consolidación y divulgación. Generalmente uno implica a los otros dos y viceversa; o sea, cuando se investiga, se han de trazar las vías para que la consolidación sea consecutiva y se tienen que suministrar las bases para difundir los resultados a la generalidad de la ciudadanía.

Ni que decir tiene que esos otros dos momentos, que no son puramente de investigación, exigen también que se investigue.

Sin duda que todo parte de la idea de considerar el bien patrimonial como un bien público, porque la arqueología cuenta con una dimensión científica y con otra social. En todo ello hay hoy un acuerdo manifiesto.

Es verdad que contamos con un cuerpo teórico que sigue gestándose y una práctica cada vez más desarrollada, pero no lo es menos que surgen problemas de no fácil solución.

El caso que nos ocupa plantea algunas cuestiones de cierta entidad. Mostrar la realidad histórica de un espacio concreto, variable como son inevitablemente los territorios en el paso de una sociedad a otra, y hacerlo refiriendo los restos al paisaje actual, no es precisamente fácil ni está exento de riesgos.

Entra, de este modo, en el debate el paisaje como un elemento no ya que contiene bienes patrimoniales (fundamentalmente arqueológicos en el presente caso), sino que lo es también él mismo.

Esta dimensión, en el caso de profundizarla, nos llevaría a establecer unos principios que nos obligarían a rectificar las formas habituales de situar museísticamente los vestigios arqueológicos.

Hay otros problemas nada desdeñables. Se trata de hilvanar un discurso de contenido histórico, ya que la arqueología genera tal tipo de conocimiento, aunque no exclusivamente, y hacerlo de tal modo que no sea una mera derivación de lo que nos suministra la historia general que conocemos.

Estas dos cuestiones, aparentemente inconexas, se reflejan con fuerza en este libro. Tienen indudablemente conexión porque una concepción histórica basada exclusivamente en el poder despoja a la arqueología de un carácter antropológico que le es inherente, más allá, por tanto, de una sucesión de hechos de contenido claramente político. Y la arqueología debe desvelar la acción del hombre en el medio físico y las transformaciones, indudablemente sociales, que se generan en cada época en tal relación. No solo son sobre paisajes anteriormente construidos, con alteraciones mensurables, sino sobre las formas de vida anteriores, que quedan testimoniadas más allá de los mismos vestigios arqueológicos.

El libro que reseñamos comienza con una breve, pero evidente declaración: es «algo más que una guía de un museo» (p. 7). Se presentan «no sólo esos humildes objetos que se pueden ver en las vitrinas, sino también aquellos espacios geográficos en los que fueron hallados originalmente» (p. 7).

Y así se abre la publicación con una parte, la primera, denominada «La Antigüedad romano-visigoda en la región Sur», que abarca el período que va desde el siglo IV al VIII: «El asentamiento de poblaciones rurales en la Antigüedad Tardía en torno a las vegas y desembocadura del río Guadalete viene reflejado por el registro arqueológico y cronosecuencial durante los siglos III, IV y V d. C.» (p. 12).

La ciudad de El Puerto de Santa María, por su parte, tiene una ocupación desde el siglo III a. C. hasta el VI d. C. De esta manera, la excavación en la Ermita de Santa Clara por obras de restauración, ha exhumado restos de sus necrópolis hispano-visigoda. La descripción de los objetos, precisa y detallada, lleva a establecer comparaciones con otros ajuares de necrópolis peninsulares y foráneas.



A continuación los autores se dedican a examinar la realidad de al-Andalus, primero desde una perspectiva política, trazando además las líneas maestras de la sociedad y de la cultura andalusíes. Hacen hincapié en su sociedad agraria y en el establecimiento de una agricultura irrigada, deslizando algún error, como cuando se refieren a las tierras *ḥarīm*, que llaman *marin*. Pero su explicación es bastante correcta y deja claramente expresado el problema: «las zonas en donde se aplicaron los regadíos árabes alcanzaron extraordinaria pujanza» (p. 30).

El trabajo va más allá, pues presenta un breve análisis de la gastronomía, de las monedas, referidas a los hallazgos que se han hecho en el entorno.

La Segunda Parte es el núcleo principal del libro y, desde luego, la mejor con diferencia. Se pasa revista a la vida rural, analizando y no solo describiendo las alquerías del territorio estudiado. Para ello se benefician de las referencias en las fuentes escritas, principalmente el *Libro de Repartimiento de El Puerto de Santa María*, pero también las *Cantigas* de Alfonso X. El primero fue editado en 2002 por Manuel González Jiménez. En lo esencial la arqueología les ha permitido señalar las características de esos asentamientos. No son excavaciones únicamente, y menos, cuando las ha habido, de todo el conjunto de la alquería, porque la prospección o el reconocimiento territorial se practica normalmente, pero se consigue dar una imagen muy aproximada de la realidad de tales asentamientos. Su caracterización topográfica y geomorfológica es muy adecuada, marcando incluso su evolución. Por eso mismo, se echa en falta un análisis, desde luego difícil de realizar, acerca de los aprovechamientos del agua para formar áreas de cultivo irrigadas, a las que tanta importancia han dado en el apartado anterior. Tampoco se aprecia una valoración de las zonas húmedas y su capacidad para generar riqueza, como es el caso de las explotaciones salineras, de las que luego, al estudiar la sociedad cristiana, hacen un breve análisis.

Se aprecia un intento de marcar la evolución que se produjo tras la conquista cristiana, fundamentalmente centrado en este libro en la creación de las murallas de al-Qanatir y en el análisis de los restos almohades anteriores, y se incide en la relación del poblamiento rural con las ciudades situadas en un primer momento en Mesas de Asta, hasta el siglo XII, y, luego, a partir de esas fechas, en Jerez. Con todo no se estudia en profundidad y, sobre todo, de manera organizada, pues se aprecia que faltan en el conjunto del capítulo algunas de las líneas fundamentales, el cambio en la organización del territorio, aunque se explica porque queda para la Cuarta Parte.

La Tercera Parte está dedicada al asentamiento de Pocito Chico y quiere marcar aspectos de carácter antropológico. Los análisis de la cerámica, muy bien

ajustados a las formas de vida, pero también marcando una evolución, van claramente en esa línea. Asimismo la evolución del medio vegetal por efectos de la mayor o menor presión humana, aunque breve, es muy inteligente. La mención a actividades artesanales y, sobre todo, los trabajos caseros (molienda de cereal de forma manual y cocción del pan) permiten una aproximación antropológica a partir de los restos arqueológicos.

Por fin llegamos a la Cuarta Parte, que es el colofón obligado de todos los análisis precedentes. Son brillantes algunas de las cuestiones planteadas, como las que resultan de la ocupación de la bahía gaditana en época almohade, explicable por privilegiar este espacio atlántico marroquí, lo que se hundiría a la llegada de los cristianos, claramente necesitados de cerrar el paso a los magrebíes.

La repoblación cristiana de El Puerto supone claramente la reordenación de toda la comarca del Guadalete y el establecimiento de una nueva economía, basada en producciones extensivas y aprovechamientos de recursos a gran escala, en detrimento de la pequeña producción campesina y en beneficio de los nuevos señores.

Además de aspectos de tipo político y militar, las poblaciones que llegan traen consigo e instauran unas nuevas formas de vida, destacando las vajillas, que nada tienen que ver con las precedentes ni con las coetáneas nazaríes. Es un apartado muy interesante que pone un punto y seguido, según deseamos, a este libro.

El trabajo, con algunos defectos que hemos señalado y con un cierto desorden en algunas partes, es valioso y tiene una calidad innegable. Los autores, de quienes se incluye una bibliografía por separado de cada uno de ellos al final, han logrado, como ellos mismo dicen, «incorporar a la zona del Bajo Guadalete con el Puerto de Santa María, a la Historia General de la Edad Media en la época del al-Andalus islámico» (p. 152).

Sin duda han llegado a una cota de calidad que hace de este libro un trabajo muy acertado y recomendable. El patrimonio de El Puerto de Santa María queda asimismo integrado en un debate general sobre los valores culturales de sociedades anteriores a la nuestra y lo sitúan no sólo en el tiempo, sino también en el espacio.

**Antonio Malpica Cuello**  
Universidad de Granada

### **Noticias del convento de san Agustín en el Archivo Histórico Nacional**

Luis Alba Medinilla

Revista *Pliegos de la Academia* n° 16, pp 9-24, El Puerto de Santa María, 2010  
ISSN: 1695-1824

Espinosa, Cárdenas e Hipólito Sancho y el conocimiento, no exhaustivo, sobre los contenidos de la documentación existente, al respecto, en el Archivo Histórico Nacional.

Aunque no podemos precisar cuándo fue la llegada de la orden a la ciudad, sí hay datos sobre la instalación de ésta en la ermita de la Encarnación, en 1573, que por estas fechas cumplía con una función hospitalaria. Fue por mediación del duque de Medinaceli, Juan Luis de la Cerda, cuando la orden es aceptada por el Cabildo Municipal, y pasa a engrosar la lista de órdenes religiosas que viven en la ciudad durante esta centuria.

Los agustinos de la Encarnación se instalan en el solar de la antigua ermita y, años más tarde (1646), comienzan las obras de edificación del gran templo con que contó este convento. Fue gracias al patrocinio de familias acomodadas y al momento de esplendor económico que vivió la ciudad en la primera mitad del s. XVII, lo que favoreció que estas destinaran parte de su hacienda a dotar al templo de nuevas capillas y enriquecerlas con obras de arte.

Tal como indica el título de este artículo, “*Noticias del Convento de San Agustín en el Archivo Histórico Nacional*”, el trabajo se limita a hacer un recorrido por los fondos documentales en el Archivo Histórico Nacional, que se refieren a esta institución religiosa de El Puerto. Va escogiendo y recogiendo, con mayor o menor detenimiento, aquellos datos que considera el autor más interesantes y que dirige, fundamentalmente, a un lector con curiosidad histórica.

Por el contrario, lectores más exigentes podrán echar en falta la escasa sistematización en el tratamiento de los contenidos, ya que no podemos considerarlo un inventario, ni un estudio sistemático de los mismos.

No obstante, sí supone una aproximación a los referidos contenidos documentales y un aliciente para el investigador, ya que podemos considerarlo un instrumento de consulta y referencia histórico-artística, que servirá para aproximarse a un tema de enorme interés para la historiografía local.

**María del Mar Villalobos Chaves**  
Centro Municipal del Patrimonio Histórico  
de El Puerto de Santa María

**Catálogo de acuerdos de la Junta Subalterna de El Puerto de Santa María (1808-1809)**

Ana Becerra Fabra y José Ignacio Buhigas Cabrera

Alberto Ramos Santana y Santiago Moreno Tello (coords.): *Invasión y guerra en la provincia de Cádiz (mayo 1808-febrero 1810)*, Diputación Provincial de Cádiz, 2010, pp. 55-65.  
ISBN 978-84-92717-08-8.

Ana Becerra y José Ignacio Buhigas, perfectos conocedores de los fondos del Archivo Municipal de El Puerto de Santa María, nos presentan en este trabajo las enormes posibilidades de investigación que ofrece una valiosa fuente, los libros de actas de la Junta Particular Subalterna de la ciudad, desde su constitución en junio de 1808, hasta su disolución en agosto de 1809. Su valor se ve, además, reforzado por el hecho de reunir, junto a los acuerdos de las numerosas sesiones celebradas por la Junta, los documentos relacionados con los asuntos tratados en aquellos meses cruciales, que se han conservado cosidos a los libros de actas.

En general, la documentación de la junta portuense ofrece una información clave para el conocimiento de la organización del poder y la vida local en los compases iniciales de la Guerra de la Independencia, que tantos interrogantes plantea a los historiadores y a los amantes de la Historia, desorientados cuando se acercan a ella y comprueban que viejas y nuevas instituciones conviven y gobiernan -como pasó con la propia Junta y el Ayuntamiento-, y que nuevos nombres se suman a los que tradicionalmente habían ejercido el poder, sin que estos últimos fueran siempre desplazados del mismo.

A pesar de lo que su título parece anunciar, este trabajo no es un catálogo de acuerdos -éste existe y está a disposición de los investigadores en el archivo municipal-, sino un primer análisis de la Junta y de sus principales acuerdos que, como ya he adelantado, señalan posibles vías de investigación sobre la organización del poder y la vida cotidiana durante el primer año de la guerra.

Con respecto a la organización y a las relaciones de poder, la documentación de la Junta permite, en primer lugar, conocer algo mejor el proceso de transición desde el antiguo al nuevo orden, que repite el esquema seguido en buena parte de las poblaciones españolas, esto es, levantamiento contra las autoridades poco comprometidas con la causa «patriótica» y sustitución de las mismas por una junta que reúne, como ocurrió en El Puerto, a representantes tanto de los estamentos tradicionales, como de los que hoy llamaríamos «emergentes», procedentes preferentemente del «pueblo» y del comercio. En segundo lugar, da cuenta del esfuerzo realizado para preparar la defensa, traducido inicialmente en la solución del problema generado por la presencia de un número considerable de prisioneros franceses, pero, sobre todo, en la organización de los recursos humanos y financieros necesarios para surtir y nutrir al ejército. En este punto, cabe señalar la coexistencia de los reclutamientos para el ejército con la formación tanto de milicias urbanas, como de batallones de voluntarios, cuyo estudio permitiría arrojar luz sobre autodefensa la controvertida cuestión del peso del impulso a la autodefensa en la extensión del «fervor patriótico».

En fin, y en cuanto a la vida cotidiana de la ciudad, no cabe duda que tanto la presencia de los citados prisioneros, como el enorme esfuerzo solicitado a la población en un contexto social y económicamente tan complicado, alteró sobremanera los cauces por los que ésta se había venido guiando en las últimas décadas, creó problemas adicionales a los habituales y complicó la vida a quienes vivieron los primeros años del siglo XIX.

**Gonzalo Butrón Prida**

Profesor Titular de Historia Contemporánea  
Universidad de Cádiz

**El buen samaritano Elías Ahuja. Cádiz 1863 - Nueva York 1954**

Manuel Martínez Cordero

Editorial Círculo Rojo, [El Ejido (Almería)], 2011.

ISBN: 978-84-9991-197-7

Esta es la cuarta obra de Manuel Martínez Cordero que ha abordado temas que van desde la incipiente fabricación de automóviles en El Puerto de Santa María en *Un siglo de automovilismo en Andalucía: Fábrica de Anglada*, (ed. 1986) o la *Historia de la Ford en España: Ford Motor Company SAE Cádiz 1919-1954* (ed. 1998) y, por último, *El Penal de El Puerto de Santa María 1886-1981* (ed. 2004).

En esta ocasión realiza un acercamiento a la biografía del filántropo Elías Ahuja y Andría gracias al material recopilado a lo largo de varios años de investigación de la documentación procedente de archivos de Estados Unidos y Chile, lugares donde vivió el personaje en distintas etapas de su vida. Para ello, Martínez, se ha servido de diversas fuentes bibliográficas, archivísticas y hemerográficas, recurriendo ocasionalmente a colecciones privadas para aportar aún más rigor a la biografía del gaditano Ahuja que tan vinculado estuvo a El Puerto de Santa María.

Martínez es el primer autor que lleva a cabo esta aproximación biográfica de tan interesante personaje, cuya vida y carrera profesional se adentran en relevantes avatares de la historia contemporánea española, y en su proyección hacia América, lugar donde se podía hacer fortuna. Ahuja está imbricado en su tiempo y su impresionante carrera hacia la riqueza personal depende de hitos casi irrepitibles como son su participación en Valparaíso en una Compañía de explotación de los yacimientos de nitrato de sodio de la nación chilena en un momento de gran demanda mundial de esta materia prima con destino a la industria bélica de la Primera Guerra Mundial, y la acertada inversión de sus emolumentos en la bolsa antes del advenimiento del crack de 1929. Esto le permitió amasar una sobresaliente fortuna que posteriormente dedicó a obras benéficas y fundaciones.

Ahuja regresa a España en 1922 tras su aventura americana, y crea en 1923 la “Beneficencia Particular Elías Ahuja”, fundación sin ánimo de lucro financiada con los intereses de su fortuna amasada en Estados Unidos, y reside durante unos años en El Puerto de Santa María en una casa de su propiedad en la calle Federico Rubio número 44. Esta obra benéfica permaneció activa después de su muerte gracias a la Fundación Good Samaritan en Wilmington (EE.UU.) Todavía hoy existen en Madrid un colegio mayor y una fundación que llevan su nombre.

Recibió homenajes por su labor filantrópica por parte de la Asamblea Local de la Cruz Roja de El Puerto de Santa María, y en 1928 se le regala mediante suscripción popular un corazón de oro con un álbum firmado por los homenajeados, entre los que figuran conocidos nombres de la acomodada burguesía portuense. La entrega del corazón se realiza en la plaza de Toros de esta ciudad el 10 de marzo de 1929 en un acto multitudinario. Paralelamente, la Junta Directiva del Casino Portuense decide unánimemente, solicitar al Ayuntamiento su nombramiento como hijo adoptivo de la ciudad. A esta solicitud se adhirió el comediógrafo Pedro Muñoz Seca desde Madrid.

En abril de 1928, la Corporación Municipal le nombra Hijo Adoptivo por su labor humanitaria siendo apodado el “Padre de los pobres” por la gente de la ciudad.

Además de participar en otras actividades: Batallón infantil, cocina benéfica..., también practicó el mecenazgo de artistas (el torero portuense Manolo del Pino) y fue benefactor de su médico. Todo ello le propició una fama desmesurada alimentada por la prensa de la época lo que provocó una lluvia de miles de cartas pidiéndole ayuda o colaboración que no pudo atender por falta de tiempo. En el momento de auge de esta ingente obra filantrópica, sus fundaciones llegaron a gestionar una media anual de dos millones de pesetas. Entre 1927-30 intentaría paliar las deficiencias de los presos del Penal de El Puerto de Santa María con obras caritativas.

En definitiva, Ahuja fue en realidad un hombre de mundo con firme fe católica, pero educado a partir de los 17 años en Boston, Estados Unidos, junto a una élite de la alta burguesía llamada a enriquecerse para poder de esta manera mejorar el mundo. Gozó de la moral y la fortuna necesarias para, en su madurez, intentar paliar los tremendos desajustes generados en la sociedad por el injusto reparto de la riqueza.

Hay que destacar, entre otras aportaciones del autor de esta obra, la aclaración de la no pertenencia de Ahuja a la masonería, así como la independencia de su ideología de cualquier credo filosófico afín a ésta. Aunque, como el propio Ahuja suscribe en la correspondencia generada después de la Guerra Civil española en torno al proceso que le abrió el régimen franquista al exiliado, sus ideales filantrópicos eran similares a los de la masonería.

La biografía de Martínez resulta ser un libro valioso y copioso en datos algunos de ellos inéditos, con múltiple material fotográfico, reproducciones documentales e insertos textuales intercalados en su redacción. Quizás, se echa en falta una mejor estructuración del texto en su conjunto que delimite las posibles etapas en que podríamos dividir la trayectoria vital de Ahuja, que no obstante, Martínez vislumbra a lo largo de su investigación.

**José Ferrer Andrade**  
Licenciado en Historia